



Alegría

“El Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres” (Sal 125)

“Tu sondeas los corazones y amas la sencillez; por eso te he ofrecido todo con alegría en la sencillez de mi corazón” (PO, Espíritu de la Casa).

Quienes creemos en el Dios de la Vida, el Dios del Reino, el Dios de Jesús, no podemos andar por la vida pusilánimes, tristes, deprimidos, pesimistas, porque hemos descubierto la perla preciosa, el tesoro, la razón de nuestra alegría.

No solo estamos alegres en determinados momentos porque algo coyuntural, suscite en nosotras sentimientos de alegría; sino que, como rasgo de identidad, nos reconocen como personas alegres y así lo experimentamos.

El gozo, la alegría, es fruto de la gracia de poseer gratuitamente un bien muy grande: el amor que Dios Padre-Madre misericordioso nos tiene. ¿Cómo ante tanta gratuidad, dar cabida a la tristeza?

La alegría es fruto del Espíritu, nos dice San Pablo (Gal 5, 22). Esa es la verdadera alegría, la que nace del corazón enamorado de Jesús, a quien hemos decidido seguir porque nos ha llamado para estar con Él y para enviarnos a llevar la Buena Noticia del Reino especialmente a los más pobres.

No se trata de la alegría que raya en la superficialidad o frivolidad, sino la alegría de amar y sentirnos amadas; la alegría de sentirnos identificadas con una misión y un carisma que es un bien para la Iglesia, para muchas personas con quienes compartimos nuestros proyectos apostólicos; un bien para los preferidos de Jesús, los vulnerables, los excluidos, los pobres.

"No os desaniméis...estad bien persuadidas que Dios no os abandonará si permanecéis siempre fieles en las penas como en las alegrías" (MSP, 1860).

Como humanos que somos, la tristeza se hace presente en algún momento de nuestra vida por circunstancias especiales, pero aún en esos momentos, sabernos acompañados del Señor, y en ocasiones de la solidaridad y el cariño de personas con quienes compartimos la vida, nos hace experimentar la serenidad y el gozo que nacen de la fraternidad y de la confianza en Dios.

El Ángel invita a María a alegrarse en el momento de gran desconcierto y turbación: *“Alégrate, el Señor está contigo...” (Lc 1,26)* Saber que el Señor nos acompaña y vivir profundamente de esa fe en Él, nos llena de alegría y de paz, aún en los momentos difíciles.

"Armaos de valor...y aceptad con corazón alegre todo lo que nos viene de la mano de Dios" (MSP, 1853).

La alegría del cristiano también se expresa en paradojas: *"Alegraos en la medida en que participáis de los sufrimientos de Cristo, para que también os alegréis alborozados en la revelación de su gloria"* (1Pe 4, 13)

Así lo vivieron nuestros Fundadores y así lo transmitieron a las hermanas.

La alegría es fruto de un corazón agradecido. Agradecer es una manera de reconocer el don y recibirlo como un regalo: "Bendigo a Dios y le doy gracias desde el fondo de mi corazón" (MSP, 1859).

Por eso es motivo de alegría:

- Sentir que, aún en las adversidades de la vida, podemos experimentar el gozo y la alegría, porque nuestra vida está cimentada en la roca firme de la fe en Jesucristo Resucitado.
- Disfrutar de la amistad fraterna y de compartir la vida en unidad con nuestras hermanas y hermanos.
- Vivir a fondo, con una autenticidad existencial, que refleja la alegría profunda del corazón, fruto de sentirse hijas e hijos de Dios, amados por Él y por los demás.

La Palabra nos ilumina

- **Salmos 43 (42)**
- Jer 15,16
- Mt 13,44
- Jn 16, 21
- 1 Pe 1,6-7
- Hch 2,46-47